

El contador de ruidos

Autor(en): **Neuman, Andrés**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **62 (2015)**

Heft 3: **Fascículo español. El cuento español en los albores del siglo XXI**

PDF erstellt am: **08.08.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-587540>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

El contador de ruidos

Cuento ruidos. Eso.

El amanecer, por ejemplo, trae un estruendo de cacharros. Me despierta un taladro que se ensaña en la acera, perforándola hasta encontrar algún alivio. Los operarios gritan, sus nombres rebotan contra mi ventana. Me levanto de un brinco: los muelles del colchón crujen igual que un costillar. Mis pies descalzos van dejando en el suelo sonidos de ventosa. Asomo una oreja al balcón y me inunda la ronquera de las motos, la hernia de las grúas, el pan roto de las obras.

Me refugio en la ducha, en su casa de agua, sin dejar de percibir el zumbido de las cañerías que corre por las paredes como cualquier rumor entre vecinos. Mientras me visto (¡cómo frota mi piel, su mudez, esta ropa!) enciendo la radio. Trato de discernir, entre los ruidos de la actualidad, la música del presente. Los periodistas hablan todos al mismo tiempo, sus voces se superponen, y mi oído une las sílabas de unos con las sílabas de otros hasta que sus argumentos se descomponen en vocablos desconocidos.

Mientras la máquina de café descarrila, cierro los ojos y finjo que duermo, duermo, que el mundo entero calla por un instante y empezamos a flotar. Me arranca de mi despegue el estrépito tembloroso de la taza que el camarero deposita sobre la barra. La cucharita queda tintineando en un borde del plato. Mientras el líquido calienta la gruta de mi estómago, provocando minúsculas absorciones y burbujeos de laboratorio, entran en el bar unos adolescentes dando aullidos furiosos, felices o ambas cosas.

Subo a un autobús. El motor del vehículo desarrolla pesadas digestiones y la radio expulsa un chorro de panderetas. De pronto suenan tres teléfonos, dos de ellos con idéntico tono, y el tercero con una melodía que no tardo en reconocer: es la misma canción ligera que emiten los altavoces del autobús. Desciendo en mi parada. Una ambulancia pasa ululando en diagonal. Quizás en su interior viaje algún pasajero que reza por volver a escuchar, aunque sea una vez más, la canción ligera de la radio.

De vuelta en casa, me tiendo en el sofá para seguir el progresivo goteo de la noche, su suero hospitalario. Justo a medianoche (las agujas del reloj

de la cocina se unifican con un roce de tijera) termino de anotar todos los ruidos del día y cuento cien, ciento uno, ciento dos, ciento tres. Después me quedo a solas con mi respiración, vigilando ese globo que los pulmones inflan y desinflan.

Paso la madrugada como un centinela, atendiendo al telegrama del viento, que anuncia la noticia más importante de todas.

¿Se oye?

¿Se oye?

Andrés NEUMAN